

Audiencia el *abogado dulzón*—procuraba hacer siempre la corte á Mariana, donde quiera que la veía. Delante de él ella no podía disimular, porque aquel hombre conocía todos sus secretos. Además, un personaje como él es de los que siempre merecen consideración, porque alguna vez pueden ser útiles. Jamás Jouvenet le hablaba de Vaudrey. Discreción de diplomático. Pero como hombre convencido de que en este mundo no hay nada que sea duradero, procuraba ponerse en turno, porque al fin y al cabo un Prefecto de policía podía bien ser el sucesor de un Presidente del Consejo de Ministros. Mariana le dejaba hablar, recibía sus galanterías como hubiese recibido caramelos ó bombones, y lo mantenía á distancia sin herirle en su amor propio, cosa que hubiera sido impropia de una mujer tan discreta y prudente como ella.

Jouvenet, sólo por demostrar á Mariana que estaba enterado, le preguntó, pasándose las manos por las patillas, si veía con frecuencia al Duque de Rosas.—¡Qué hombre tan simpático era el Duque!—Y sonreía en tanto que la joven le miraba con fijeza como si quisiera adivinar su pensamiento.

El Prefecto, que no deseaba insistir demasiado, varió de conversación diciendo:

—¡Ah! ved allí un antiguo amigo vuestro que os está mirando con los gemelos.

—¡Un antiguo amigo!

Era Guy de Lissac que, de pie delante de su butaca, dirigía en efecto á la platea sus elegantes gemelos de teatro.

Mariana había visto rara vez á Lissac desde la noche de la reunión en casa de Sabina, pero adivinaba en él cierta sorda hostilidad. Guy no podía perdonarle el haber arrebatado á Adriana el cariño de su marido. Compadecía á la señora de Vaudrey, y tal vez á esa compasión se mezclaba algún otro sentimiento que hacía de la compasión algo así como cariño. Indignábase demasiado contra aquel marido ciego que no sabía apreciar en su justo valor el encanto de una criatura de alma tímida, pero apasionada. Y esa indignación que no tenía el derecho de mostrar á Vaudrey, se la había mostrado á Mariana en tono de burla. La señorita de Kayser sintióse profundamente herida. ¿Por qué se mezclaba en sus asuntos; por qué no había sabido comprenderla en otro tiempo, y ahora añadía á las ofensas pasadas las ironías presentes?

—Tal vez, después de todo, esté celoso—se decía.—¡Imbécil!

Guy no dejaba de mirarla con los gemelos.

—Parece que eso os desagrada — le dijo Jouvenet.

—No por cierto. ¿Qué me importa?

—¡Os ha amado tanto ese Lissac!

—¡Ah! señor Prefecto — contestó Mariana con viveza. — ¡Ya sé que vuestro oficio os hace un poco curioso; pero ¡cuán amable seríais si dejaseis dormir mi pasado!

Jouvenet se mordió los labios y á su vez miró á Lissac con los gemelos.

—¡Hola! ¡se empeña—dijo—en llevar la cruz de Cristo de Portugal! ¡Qué mal gusto! ¡Le creía de más talento!

—¿Está desacreditada esa cruz?

—Al contrario; pero como la cinta es del mismo color que la de la Legión de honor, está prohibido llevarla en el ojal, sin ir acompañada de una cruccita de oro..... ¡Y no veo en el ojal de su levita más que la cinta roja!

—¡Perdonad, señor Prefecto; pero lleva una cruz pequeña!

—¡Oh! ¡mis gemelos son muy malos!..... Y además, no creo que el señor de Lissac esté autorizado en debida forma para llevar esa condecoración..... ¡Fácil es saberlo!..... De todos modos, haré

que mañana se inserte en el *Diario oficial* una circular relativa al uso ilegal de ciertas condecoraciones extranjeras.

—¿Una circular contra Lissac?

—No por cierto. Pero él me ha hecho recordar una disposición que pensaba dictar hace ya tiempo: hay que aplicar la ley.

El entreacto terminaba. Jouvenet se retiró, repitiendo á Mariana con toda suerte de indirectas, que eran verdaderas declaraciones de amor, que en caso necesario lo tendría siempre á su disposición, y que tal vez algún día se alegrara de poder contar con él.

—Muchas gracias, señor Prefecto, y aprovecharé vuestras bondades — contestó Mariana por pura cortesía.

Cierto presentimiento le decía que Guy, aunque sólo fuera por aprovechar la ocasión de embromarla un poco por la visita de Jouvenet, iría á saludarla durante el otro entreacto. Y así fué en efecto.

Se presentó, mirándola de un modo tan burlón como burlona era la expresión de su sonrisita.

—Os felicito — dijo casi bruscamente, sentándose al lado de Mariana; — os felicito, querida amiga.

—¿Y por qué?—preguntó ella con extrañeza.

—¡Toma! ¡por la gran noticia! Por vuestro casamiento.

Ella palideció ligeramente.

—¿Cómo sabéis?.....

—He visto al Duque. Ha estado en mi casa.

—¿En vuestra casa? ¿Para qué?

—¿No os lo figuráis? Vamos, ¿á que sí?

—¿Para preguntaros si había yo sido vuestra querida? Lissac, sois muy impertinente.

—¡Oh, mi querida Mariana! Id ensayando vuestro papel de Duquesa. ¡Un caballero, al cual habíais jurado que no habíais sido mi querida, no podía dudar de vuestra palabra de honor!..... José no me ha preguntado nada. Lo único que ha hecho ha sido participarme su resolución, para ver lo que yo le decía, ó adivinar, por una mirada, lo que yo pensaba.

—¿Y le habéis dicho?.....

—Lo que tenía que decirle: que le felicitaba.

Mariana miró á Lissac.

—¿Felicitaciones?—dijo ella lentamente.

—Me parece que la mujer con quien se casa es bastante bonita.

—¡Ah, amiguito mío! ¡Basta de insolencias!..... ¿Qué tenéis conmigo desde hace algún tiempo?

—Nada; pero me habéis quitado algo..... ó á alguien.

—¿A Rosas?

—¡No; á Vaudrey!

—Os lo devolveré. Os interesáis extraordinariamente por Vaudrey. ¿Por Vaudrey, ó por su mujer?—dijo.

Y sonrió maliciosamente.

—Duquesa—contestó Lissac—acostumbraos á respetar á las mujeres honradas.

—¿Y para decirme todas esas cosas agradables habéis venido al palco?

—No, sino para pedirós una noticia.

—¿Cuál?

—¿Es verdad—dijo con un tono casi amistoso—es verdad que vais á casaros con Rosas?

—¿Y por qué no?—repuso ella levantando la frente.

—¡Es que—voy á ser franco;—es que os he tenido siempre por una mujer honrada! Recuerdo que un día vos misma os aplicasteis el calificativo. Loca, fantástica, á menudo; encantadora, siempre; mala, jamás. Quitarle á Rosas su amor, hasta su fortuna, sería una cosa muy natural. Pero quitarle su apellido, eso tiene algo de dudoso y de cierta habilidad, que carece de franqueza.

—Es decir que puedo arruinarle como querida y no puedo casarme como.....

—Como una joven honrada, no. Y me colocáis á mí (aprovecharé el entreacto para decíroslo) en una situación muy delicada. Si digo á Rosas la verdad, me conduzco con vos como un canalla. Si se la oculto á él, á un amigo, á un verdadero amigo, me porto casi, casi como un miserable.

—¿Os ha preguntado?

—No; pero hay dentro de mí un bichito que me hace cosquillas y que me dice que permitiendo que os caséis con el Duque me mezclo en un negocio malo..... ¿Sabéis lo que me ha pedido el Duque?..... ¡Que sea testigo de su boda!

Mariana se hubiera reído mucho, si hubiese estado de humor para reír.

—Eso es absurdo — dijo. — ¿No habréis aceptado?

—Sí por cierto; he aceptado. Porque esperaba que vos me relevaríais de una tarea tan ingrata y desagradable.

—¿Qué queréis?..... ¿qué es lo que queréis?

—Quiero..... no; quisiera, que no os casarais con el señor de Rosas.

Mariana se encogió de hombros.

Comprendía que las palabras de Guy encerraban una amenaza, pero quería fingir desde el primer momento que la despreciaba. ¿Con qué derecho, después de todo, intervenía aquel sujeto en los asuntos de su vida? ¿Porque un día le había hecho la limosna de su juventud y de su cuerpo? ¡Los deberes de la amistad! ¡Los deberes de la amistad! ¡Proteger á Vaudrey! ¡Defender á Rosas! ¡Palabras, palabras y palabras!

—¿Y si me quiero casar?..... ¿Me lo impediríais?

—Sí, si pudiese—contestó él con firmeza.—Sería tiempo de que á la masonería de las mujeres, opusiésemos la masonería de los hombres.

—Bastante cobardes sois cuando estáis solos. ¿Qué sucedería si os asociaseis?—preguntó Mariana con expresión de odio.

—En fin—continuó después de un momento—¿qué queréis? ¿Qué? ¡Concluid!..... Quizás enviarais mis cartas al Duque.

—Ese es un medio—contestó Lissac tranquilamente—ese es un medio muy propio de la mujer.

—¿Conserváis mis cartas?

—Guardadas como oro en paño.

Él no pensaba siquiera en amenazarla con ellas;

pero Mariana entrevió repentinamente un peligro grave.

—Pero si yo os las pidiese, me las devolveríais, ¿no es verdad?

—Probablemente—contestó Guy.

—¿Si os dijera que me las llevaseis á aquella casita ignorada de que os hablé cierto día?.....

Y se inclinaba suavemente hacia Lissac, y sus codos tocaban dulcemente las rodillas de su antiguo amante.

—Me pondría ese día uno de aquellos adornos que tanto os gustaban y que aun no habréis olvidado.

Mariana observó que Guy se estremecía como si aun sintiese deseos de poseerla, y se tranquilizó.

—Vamos—dijo luego—que no sois tan malo como os empeñáis en fingir.

Hicieron la señal para levantar el telón, y la orquesta empezó á tocar el prelude del tercer acto.

—¡Hasta la vista, enemigo mío!—dijo Mariana alargándole la mano.

Él titubeó antes de cogerla; pero al fin, poniendo en ella la suya,

—Dejad á Rosas—dijo.

—Vamos, ambicioso, ¿no os dejo á Vaudrey?
Y se echó á reir.

Lissac salió descontento del palco.

—A todo trance, recobraré mis cartas—pensó Mariana cuando Guy se hubo marchado.—Eso es lo más prudente.

Aquella noche durmió mal, y al día siguiente despertó de muy mal humor. Con las facciones fatigadas, los ojos tristes y rodeados de grandes ojeras, estaba más bonita todavía. Toda la mañana estuvo pensando lo que debía hacer, y se decidía por fin á escribir á Guy, cuando se presentó Vaudrey loco de alegría diciendo á Mariana que tenía todo el dia libre.

—Esta mañana he sabido por Jouvenet que pudiste ir anoche al teatro. ¡Pícara, que me quitaste una velada! Pero hoy en cambio tengo todo el día para tí.

Y tomaba asiento como quien está en su casa. Mariana buscaba un pretexto para despedirle, cuando la doncella entró con una esquela.

—¿Qué es eso?

—Un mandadero ha traído esta carta, señora. Mariana leyó rápidamente el escrito.

Vaudrey observó que se ponía un poco colorada.

—¿Está ahí el mandadero, Justina?

—No, señora. Se ha marchado diciendo que no aguardaba respuesta.

Mariana hizo pedacitos la esquila que acababa de leer.

—¿Una contrariedad?—preguntó Vaudrey.

—Sí, precisamente.

—¿Y puedo saber?.....

—No, no te interesa. Asuntos de familia.

—¡Ah! ¿tu tío?—dijo Vaudrey sonriendo.

—Sí, mi tío. Eso es.

—Me ha pedido que se le autorice para exponer en el Trocadero los cuadros que está concluyendo: *La misión del artista, La hidroterapia civilizadora*, y qué sé yo cuántas composiciones simbólicas.

—Sí, ya lo sé—dijo Mariana.

Y se retorció los dedos con impaciencia.

La carta era de Rosas, y el tío Kayser que la recibió, porque iba dirigida á su estudio, se la enviaba á su sobrina.

El Duque le decía que la esperaba á las cinco en la avenida de Montagne, porque necesitaba hablarle. Toda la noche la había pasado reflexionando. Y se asustó, porque recordaba las genialidades de Rosas, sus locuras y sus ansias por huir de París.

¡A las cinco! Sería exacta. Pero ¿cómo escapar de Vaudrey? No podía fingir que se hallaba indispueta, porque ya lo había recibido. Además se instalaría á su lado y la aburriría con sus cariñosos cuidados. ¿Era posible ya inventar un pretexto para salir? Su amante tenía proyectado pasar largo rato con ella y la estaba mirando de hito en hito con apasionada expresión de deseos insaciables.

—¡Tonto!..... ¡Y es tenaz como él solo!—pensaba Mariana.—No se iría por nada del mundo.

Lo mejor era salir y perderse por el camino.

—¿Qué hora es, mi querido Ministro?

—¡La una!

—¡Entonces, aun tengo tiempo!—dijo.

Vaudrey pareció sorprendido.

Mariana le dijo que tenía que hacer una porción de encargos y compras.

—¡Qué fastidio!

—¡Sí, para mí!

—Perdona—le decía Sulpicio, excusándose por su exclamación.

Mandó á buscar un coche, y con un tiempo desagradable y húmedo se lanzó á la calle, convirtiendo el delicioso día de felicidades sin cuento con que había soñado Vaudrey, en un día de compras

y de interminables salidas y entradas en las tiendas. En el carruaje, y al lado de su amante, iba pensando cómo podriadejarlo, para tener tiempo y ocasión siquiera, de avisar á Rosas.

¡Y sobre todo, ver á Lissac! Sí, porque quería verlo á todo trance y en seguida. Cuanto más pensaba en él, más se temía que surgiera un peligro.

Sulpicio no la había dejado en libertad para escribir una esquila en su casa. Habría podido preguntarle, y la cosa hubiera sido una imprudencia.

—¡Y sin embargo, quiero decirle á Guy que me espere!..... ¿En dónde?..... ¿En la calle de Cuvier? No iría..... No, en su casa.

En el camino halló el medio de arreglarlo todo.

Evidentemente, Vaudrey, que disponía de todo el día, no pensaba dejarla ni un momento. A cada instante se lo repetía. Hizo que el carruaje los condujese al Louvre.

—Tengo que hacer unas compras.

Sulpicio no podía entrar con ella, y se quedó esperándola en el carruaje, parado delante de la puerta que da al Palacio Real. Escondióse como pudo en un rincón del coche y corrió las persianas para que no lo vieses. Tenía mucho frío.

Mariana había atravesado rápidamente los al-

macenes del entresuelo, sin mirar apenas la estantería y los escaparates llenos de objetos del Japón, de guantes, de flores artificiales. Subió una escalera alfombrada de moqueta, con barandilla de hierro, que daba vuelta como la de una escalera de caracol, y penetró en un salón donde reinaba mucha tranquilidad y donde hombres y mujeres, sentados y en silencio, leían ó escribían delante de tres mesas grandes como las del gabinete de lectura de un Casino.

Delante de otra mesa redonda y muy grande, algunas señoras de edad y algunas muchachas, miraban los grabados de *La Ilustración*, las caricaturas del *Journal Amusant* y los croquis de la *Vie parisienne*. Otros leían los periódicos diarios, casi todos arrollados á unas tabletas sujetas con una barrita de hierro cerrada con candado. Un poco más allá, en una mesa forrada con un tapete encarnado, con carpetas de escribir y tinteros de cristal y bronce, algunas personas estaban escribiendo, sentadas en sillas de terciopelo granate con espaldar de roble. Algunas plantas de salón, de hojas verdes y muy grandes, colocadas en grandes macetones, animaban un poco aquella habitación triste y sombría, alumbrada gracias á una claraboya de cristales cuajados que había en el techo.

Mariana creyóse de pronto transportada á gran distancia de los almacenes por donde acababa de pasar. Encaminóse sin titubear á la mesa, donde se veía papel de cartas simétricamente colocado en una papelera, y se sentó, soltando el manguito antes de ponerse á escribir, levantándose un poco el velillo del sombrero y tocando con los dedos de la mano izquierda, sobre la cartera de cuero que tenía delante, un paso doble muy en boga por aquellos días. Luego se quitó los guantes y cogió un cuadernillo de papel y sobres de los que llevaban el membrete del establecimiento. Mariana sonreía mientras buscaba una pluma, y pensaba en el pobre Sulpicio, que se había quedado abajo en el coche y que tiritaba tal vez bajo la influencia del helado viento que penetraría por las mal encajadas ventanillas del carruaje. ¡Un Ministro!

—¡Ese es el adulterio en París!—decía ella para sus adentros y satisfecha de hacerle padecer.

Mariana no tenía prisa. Entretúvose un rato en contemplar lo que veía á su alrededor. Un hombre condecorado se paseaba por el salón, teniendo cuidado del papel de escribir y reemplazándolo por otro cuando alguien lo gastaba. Si era menester vendía sellos á cualquiera de los que estaban allí y los necesitaban. Un buzón para cartas se veía

clavado en la pared, al lado de la magnífica chimenea de mármol, con un cartelillo en el que se señalaban las horas de recoger el correo.

Al lado de Mariana, tocando con ella y enfrente, había algunas mujeres escribiendo cartas, febrilmente; otras dos muchachas que estaban sentadas enfrente de Mariana, se daban una á otra las cartas que acababan de concluir, riendo, bromeando en voz baja, y decían mientras mordisqueaban con sus blanquísimos dientes las puntas del mango de las plumas con que había escrito:

—*¿Está un poco frío, eh? Va á decir de seguro: Carambita con la niña. Pues entonces, ¿para qué.....?*

Un poco más allá, en otra sala, Mariana veía un pedazo de un mostrador de fonda, donde un mozo, vestido de frac y con corbata blanca, servía á una porción de gente jarabes, refrescos y licores, por encima de una doble fila de botes y botellas de formas raras y caprichosas. Por encima del grupo numeroso y apiñado de parroquianos veíanse flotar las largas cintas encarnadas ó azules de la cofia de una nodriza, ó el globo color de rosa que llevaba un niño sujeto por una goma, balanceándose más arriba de los sombreros de las señoras. Cuadros con antiguas etiquetas-anuncios ador-

naban la pared. A los gritos de los chiquillos se mezclaba el ruido de las botellas ó de los platillos chocando entre sí ó contra la tabla de mármol del mostrador. Una doble luz extraña: la luz rojiza del gas y la blanquecina claridad del gas oxidrico, daban á aquel enjambre de personas cierto aspecto vagamente fantástico. Parecíale á Mariana que ya no estaba en París, que la habían transportado por arte de encantamiento á algún muelle de América, ó que iba de viaje por mar, á bordo de un vapor transatlántico.

Al lado suyo, detrás de una especie de parapeto de cristal formado por unas vidrieras altas, oía ruido de pasos, de voces, choques de cristal y vajilla, de cucharas y tenedores.

Al mirar al techo recordó que allí estaba el comedor del gran Hotel del Louvre, y el olor á cocina y á repostería que llegaba hasta ella á través de los cristales, hizo más completa aún la ilusión de un viaje por mar á bordo de un buen vapor.

El desfile de chiquillos y mamás le interesaba. Miraba las modas nuevas, los *peluches*, los terciopelos y los encajes, con la misma curiosidad que si estuviese asistiendo á un espectáculo completamente nuevo para ella. Las dos muchachas boni-

tas que estaban sentadas enfrente de ella, alegres como unas castañuelas, se entretenían en emborronar papel, la una escribiendo, la otra leyendo lo que su amiga escribía, por encima del hombro, y apoyándose graciosamente en su compañera. El sombrerito elegante de la que estaba en pie hizo que Mariana pensase en Guy. En sus ojos de gata vióse brillar una llamarada de malicia.

Cogió un papel de cartas, y buscó para aquel hombre amabilidades de expresión verdaderamente tentadoras, algo de perturbador y de poético que no le era dado encontrar.

—¡ Lo que yo quisiera escribirle sería que es un miserable y que le aborrezco! — pensaba Mariana.

Y no se decidía á empezar la escritura de unos renglones que tenían para ella capitalísimo interés; y olvidando por completo á Vaudrey, volvía á contemplar lo que la rodeaba.

El contraste de aquel silencioso gabinete de lectura, con el colosal murmullo producido por la muchedumbre multicolor que inundaba los demás departamentos de aquel bazar de Oriente, cuyo runrún llegaba hasta ella como el bramido lejano y confuso de la mar, entretenía á Mariana, quien con la sonrisa en los labios hallaba placer en tener

abajo, esperándola como si fuera un criado, nada menos que á un Presidente del Consejo de Ministros.

—¡ Así me vengo de las cobardías que me hace cometer *el otro!*

Unas sombras oscuras aparecían de vez en cuando, como siluetas, en medio de todos aquellos colorines: dependientes á quienes se les veía de medio cuerpo arriba entre un montón de piezas de tela. Y otra vez el olor á repostería, mezclado á los perfumes del opoponax que llevaban encima sus vecinas, el lujo de las telas de raso, de los cortinajes bordados de oro, de los tapices de Persia y las grandes ventanas del almacén; y la claraboya de cristal cuajado, por donde penetraba la luz en el gabinete de lectura, le hacían creer en un Versalles *americanizado*.

Aquella confusión de ruidos, el de los platos y el de las conversaciones; aquella mezcla de bazar turco y de gran hotel norteamericano, de tienda del Cairo y de casa de bebidas yankee: aquel conjunto colosal y estruendoso, las corrientes de aire de las grandes galerías, los colores, la gente paseando por delante de aquellos anaqueles, donde había de todo cuanto Dios crió, y para todos los gustos; aquel bullicio, aquel amontonamiento de

personas y de objetos, le parecía cómico, raro, extraordinario, no parisiense ciertamente, pero muy moderno y muy hermoso.

—¡ Y tan cómodo! —añadía, oyendo reir á las dos muchachas que acababan de escribir sus cartas de amor.

Ella también se puso á escribir. Enviaría á Rosas una esquela excusándose, y diciéndole que al día siguiente, á la misma hora, iría ella á su casa.

Decíale que su tío la tenía ocupada obligándola á ir á ver sus cuadros y á entrar en el Louvre á fin de comprar unas cosas que le hacían falta para hacer un cuadro sobre un asunto de Oriente. ¡ Si Rosas no recibía la carta á tiempo, no importaba!

A Lissac—y éste era el punto principal—le anunciaba que iría á verlo á su casa, al día siguiente, á las diez de la mañana.

—¡ El buzón de las citas! —se dijo echando las dos cartas en el buzón del establecimiento. ¡ Esto es muy cómodo, el colmo de la comodidad!

Y sonrió pensando cuán difícil sería contar el número de manitas femeninas, unas tímidas, otras atrevidas, que habrían echado por la abertura rectilínea de aquel buzón alguna esquela, prefacio unas veces, epílogo otras, de un adulterio.